

¿Guerra antimperialista o maniobra dictatorial?

Cuando los perseguidos políticos conocieron la noticia del desembarco argentino en las islas Malvinas, las reacciones oscilaron entre el estupor, la zozobra, la alegría por el acto de autoafirmación nacional y la confusión. El desarrollo de las acciones bélicas disparó las discusiones entre los exiliados, contribuyó a romper consensos y abrió brechas de incompreensión con las comunidades que los habían recibido.

Por **Silvina Jensen**

A inicios de 1982, las comunidades de argentinos en el destierro ubicadas en España, México, Francia, Italia, Suecia, Venezuela y otros países de todos los continentes, evaluaban que el final del régimen pretoriano estaba cerca y que por fin iba a concluir el largo exilio que fracturó sus existencias, alejándolos de familiares, amigos, compañeros de militancia, historia, lengua, barrio y tradiciones compartidas. Como afirmaba Rafael Flores para *Resumen de Actualidad Argentina* (n.º 68, 1982), un renovado impulso vivificador conmovía a los desterrados tras la movilización del 30 de Marzo por “Paz, Pan y Trabajo”. Los argentinos volvían a ganar las calles y las consignas de “se va acabar, se va a acabar, la dictadura militar” presagiaban cambios. La agudización de la crisis económica tras el fracaso de las propuestas de Martínez de Hoz, los recurrentes anuncios castrenses de aperturas políticas, la articulación del acuerdo de la Multipartidaria, el creciente cerco internacional por la acumulación de denuncias sobre violaciones a los DD.HH. y las disputas intramilitares eran vistos como síntomas auspiciosos de la asfixia del régimen inaugurado en Marzo de 1976. Como explicaba Osvaldo Bayer desde Alemania, a este complicado panorama, el general Galtieri debió sumar la creciente movilización ciudadana, no sólo de las organizaciones de DD.HH., las fracciones más combativas del

sindicalismo y los partidos políticos, sino de los trabajadores y de los empobrecidos sectores medios que fueron duramente reprimidos en vísperas del 2 de Abril.

Casi contemporáneamente a los primeros exilios, en las diferentes sociedades de acogida, los argentinos ensayaron intentos de organización que buscaban, por una parte, resolver las necesidades urgentes de las víctimas que permanecían en Argentina y de los que iban llegando y, por la otra, hacer consciente a la comunidad internacional acerca del carácter genocida de un régimen que insistía en presentarse como democrático. En este sentido, la organización del exilio y la denuncia internacional de la dictadura argentina fueron dos caras de la misma moneda.

Si bien las identidades político-partidarias no se diluyeron ni mucho menos y fueron fuente de riqueza y tensión en el seno de los proyectos institucionales unitarios que se concretaron desde Estocolmo a Melbourne, pasando por Roma, París, Barcelona, Madrid, Caracas o México, durante años el accionar público de los desterrados pretendió ampararse bajo el paraguas amplio del compromiso antidictatorial y de la defensa de los DD.HH.

Así, en diversas coyunturas en las que logró concentrarse la atención internacional sobre la Argentina, los exiliados desplegaron todos sus esfuerzos para desenmascarar al ré-



gimen militar, poniendo la situación argentina a la altura de las otras dictaduras sangrientas del Cono Sur, para las cuales la solidaridad internacional parecía haber resultado más sencilla e inmediata.

Los exiliados sabían que si la defensa de los derechos y de las libertades fundamentales era una herramienta que permitía limar diferencias al interior del destierro y servía para concitar la solidaridad internacional que no terminaba de comprender el mapa político argentino, sus trayectorias militantes previas al golpe no siempre resultaban compatibles con su defensa a secas. Asimismo, eran conscientes de que los militares no cejaban en el intento por apropiarse de la bandera de los DD.HH. y sistemáticamente calificaban las denuncias del exilio como “patrañas” de los “auténticos violadores de la democracia”.

Para la dictadura, los expatriados eran “terroristas”, “traidores”, “cobardes” y “corruptos”, en suma, “antiargentinos” que protagonizaban una “prédica malintencionada contra la Nación”. En esa tarea de deformación de la realidad argentina, los “subversivos en fuga” habían contado con diversos compañeros de ruta (Amnistía Internacional, los gobiernos socialdemócratas europeos, la Internacional Socialista, Cuba, etc.) que les habían facilitado la acción de difusión mundial de errores y mentiras.

A esta ofensiva deslegitimadora, los exiliados habían contestado tratando de explicar a propios -compañeros de destierro y argentinos del interior- y extraños -nacionales de los países de acogida- que la separación geográfica y la derrota política no habían implicado el ocaso de la lucha por los que se quedaron en Argentina. En este sentido, como decía Osvaldo Bayer, el accionar político del exilio no implicaba una campaña contra el país, sino “por la Argentina”, en la constante denuncia y solidaridad hacia las familias de “nuestros muertos y desaparecidos”.

El terremoto Malvinas

Como señaló Carlos Gabetta, la guerra de Malvinas fue un *terremoto* que conmovió los cimientos de las comunidades del exilio, alteró la dinámica de la lucha antidictatorial, puso en crisis su identidad de luchadores por las libertades y los DD.HH., fracturó las asociaciones unitarias, multiplicó las disputas y fricciones que habían acompañado los primeros 6 años de destierro y en no menor medida menguó la legitimidad que tanto había costado conseguir ante los gobiernos y las fuerzas políticas y sociales progresistas de los países de residencia y ante las organizaciones internacionales humanitarias.

Las acciones militares sobre Malvinas no sólo modificaron las condiciones políticas que los exiliados habían ponderado

como de lento pero inevitable final de la dictadura, sino que alteraron radicalmente un mapa de acción antidictatorial que había permitido por años reconocer y explicar claramente cuál era el enemigo y por qué luchaban. Como decía Ernesto Soto desde Alemania, Malvinas había tornado menos nítida la identificación de buenos y malos y había sumido al exilio como mínimo en un estado de inquietud que a veces pareció cercano a la confusión (*Testimonio Latinoamericano*³, Junio 1982).

En este panorama político emergente, en el que la dictadura trazaba una división entre *auténticos* y *falsos* argentinos, el primer dilema de los desterrados fue convivir con la urgencia por desmarcarse de los *traidores de siempre*. Desde Sao Paulo, Horacio González afirmaba que Malvinas no supuso una novedad en la política de la dictadura de desestimar las denuncias de violaciones a los DD.HH., considerándolas ahora una “astucia más del Foreign Office”, “mera propaganda de guerra” originada en la cuna del imperialismo y alimentada por los “antiargentinos” en el exilio (*TL*, Julio/Octubre 1982).

Si el epíteto de *antiargentinos* había acompañado cada una de sus denuncias, ahora que Argentina volvía a estar bajo la lupa del mundo y por tanto podía desnudarse la continuidad de la política represiva de la dictadura, las cosas no resultaban tan sencillas. Para muchos exiliados, Malvinas era un símbolo enraizado en los sentimientos más profundos del pueblo argentino.⁴ Rafael Flores, exiliado en España, resumía así el arraigo popular de Malvinas: *Miremos hacia adentro del país. No se puede prescindir de quiénes somos, que es en este caso, la pregunta, ¿de dónde venimos? Con las primeras nociones sobre la Nación a la que pertenecíamos, la Patria y su geografía, oímos que las Malvinas son argentinas. Rima que es música viva. El mapa del país, como un espejo en los pizarrones escolares (...) nos dibuja la Argentina con las Malvinas, Georgias, Orcadas, Sandwich y Antártida Argentina. De ahí, el nerviosismo, las emociones encontradas, el vértigo en nuestras cabezas al recibir las primeras noticias de la prensa sobre la ocupación* (RAA, n.º 68, 1982).

También para las FF.AA., Malvinas tenía un significado profundo: era el auténtico y único mito nacional. En ese sentido, más allá de que para Osvaldo Bayer, el de Malvinas era un problema *desactualizado, tema de pequeños conciliábulos nacionalistas y almirantes retirados* (RAA, n.º 65, 1982), lo concreto fue que los militares pretendieron elevar las acciones bélicas del 2 de Abril a la condición de *gesta refundacional de la argentinidad*. Con la recuperación del archipiélago, no sólo se lograba desplazar de suelo argentino el último vestigio del coloniaje, sino que se reconstruía una unidad de destino patrio siempre amenazada por *diferencias ideológicas, conductas venales y reclamos políticos y sindicales* (*La Nueva Provincia*, 18/4/82).

Porque Malvinas parecía convocar los sentimientos patrióticos de los que hasta el 2 de Abril estaban en veredas enfrentadas, las polémicas y las divergencias que habían acompañado a las comunidades de exiliados desde la coyuntura

misma del destierro, se transformaron en abismo, conmoción y confusión. Las discusiones traspasaron las puertas de las organizaciones del exilio, comprometieron a interlocutores de las sociedades de acogida, provocaron estupor entre los que hasta entonces habían brindado apoyo solidario a la denuncia de la dictadura y dispararon un cruce de acusaciones que aunque a veces dificultaron el debate, en otras permitieron alumbrar una lectura de Malvinas, la guerra y el comportamiento popular que logró expresar en forma más explícita su complejidad, una complejidad que en el interior no siempre pudo expresarse tan claramente.⁵

Si evaluamos los dos continentes que aglutinaron al grueso del exilio de la dictadura, podemos constatar que tanto en las comunidades latinoamericanas como en las europeas, se recortaron tres grandes grupos. Jorge Bernetti y Mempo Giardinelli⁶ señalan que a partir de las identidades políticas, de las actitudes frente a la dictadura y según los análisis específicos del conflicto, en México, los exiliados se dividieron entre los que apoyaron acriticamente la recuperación de las islas, los que denostaron el operativo militar y finalmente, los que con innumerables variantes, conjugaron la reivindicación de los derechos argentinos en el enfrentamiento con Inglaterra y una férrea postura antidictatorial.

Desde España, un exiliado radicado en Cataluña describía así el mapa de posiciones frente al conflicto: “...estaban los que apoyaban lo de Malvinas pero denunciaban a Galtieri, los que decían que debían mandar un telegrama a la reina Isabel para que bombardee Buenos Aires, pero también hubo exiliados que se presentaron a los consulados para ir a luchar a las Malvinas como voluntarios”. Otro exiliado recordaba que por entonces lo insólito parecía cotidiano en la *Casa Argentina en Catalunya*. En una oportunidad, un exiliado “se levantó en una reunión con la carta de su hermano y dijo: *Mi hermano está condenado y me escribe desde la cárcel pidiendo que todos los argentinos se unan a la lucha contra Inglaterra. ¡Hay que ir de voluntarios! ¡El país lo necesita!*”.

Por cierto, uno de los comportamientos más discutidos en el exilio fue el de la cúpula de Montoneros. En México, Obregón Cano y Perdía se entrevistaron con el presidente La Madrid y le expresaron la posición de la organización a favor de las acciones emprendidas por el gobierno militar que por una vez estaba en consonancia con el sentir mayoritario del pueblo argentino. Desde Cuba, Mario Firmenich aplaudió la recuperación del archipiélago por considerarla “un servicio a la causa de los pueblos del Tercer Mundo” (*La Vanguardia*, 11/4/82). En Madrid, RAA (n.º 67, 1982) se hacía eco de una noticia publicada por *Clarín* donde se informaba sobre el plan de varios exiliados, entre ellos Horacio y Ricardo Obregón Cano, Oscar Bidegain, Luis Arias, Eduardo Yofre, César Calcagno y Delia Pui-gröss, de regresar al país para “luchar por la soberanía popular en este momento difícil para nuestro país y Latinoamérica”.

Aunque las propuestas de Montoneros al gobierno militar de incorporarse a las fuerzas que luchaban en las islas y la de

Aunque las propuestas de Montoneros al gobierno militar de incorporarse a las fuerzas que luchaban en las islas y la de los ex gobernadores Oscar Bidegain y Ricardo Obregón Cano de organizar un regreso público al país, encabezando la comitiva de dirigentes políticos, sindicalistas y parlamentarios latinoamericanos, solidarios con la causa malvinense, fueron rechazadas por el gobierno militar, ambos gestos mostraban hasta qué punto Malvinas había conmocionado al exilio.

los ex gobernadores Oscar Bidegain y Ricardo Obregón Cano de organizar un regreso público al país, encabezando la comitiva de dirigentes políticos, sindicalistas y parlamentarios latinoamericanos, solidarios con la causa malvinense, fueron rechazadas por el gobierno militar, ambos gestos mostraban hasta qué punto Malvinas había conmocionado al exilio.

Más allá del exabrupto de los que planteaban sumarse a Inglaterra para acabar con la dictadura, desde identidades políticas diversas, no fueron pocos los que se opusieron a la guerra y al reclamo territorial y nacional. Una exiliada de activa participación en la Casa Argentina en Barcelona decía: “el argentino cuando habla de cosas nacionales le sale un no sé qué, no sé cómo llamarlo, que se obnubila bastante y comete la atrocidad a veces de apoyar un intento de guerra como ése, ¡¿para defender qué?! A mí, las Malvinas, la idea de defender las Malvinas, no me iba a hacer poner en peligro ni un solo brazo de un joven argentino”. En la misma línea, otra argentina de la Comisión de Familiares de Desaparecidos de Barcelona puntualizaba: “...no era mi guerra y era clara la motivación de los militares. Justamente una semana después de la gran manifestación que había habido contra la dictadura, los tipos se sacan de la manga lo de las Malvinas para unir y sacar el patriotismo (...) Y a la Thatcher también le venía bien para cohesionar su frente interno. Aparte las guerras no... Yo soy marxista y los pueblos no nos metemos en esas guerras, guerras territoriales (...). Yo no soy patriota. Estoy en contra de los patriotismos. Me parecen mezquinos, engañosos. Yo soy trabajadora. Tengo consciencia de que soy de un grupo que ha trabajado toda la vida y que tiene que trabajar. La gente de mi familia eran todos laburantes. Y creo que las banderas de la Patria y de todo eso son las banderas de la burguesía”.

A diferencia de lo ocurrido en la coyuntura mundialista donde el exilio debatió sobre modalidades de denuncia pero coincidió en poner en primer plano la manipulación política del fútbol y del triunfo argentino en el Campeonato Mundial, en 1982 los exiliados discutieron sobre la conveniencia de preguntarse si detrás de la decisión de Galtieri estaba el intento de un régimen en derrumbe de renacer como el ave Fénix. Las denuncias sobre el oportunismo de la junta y de su intención de buscar una salida hacia delante atravesaron a las comunidades del destierro.

En esta línea, la Agrupación de Marxistas Argentinos de

París calificó la estrategia de Galtieri como un recurso demagógico, irresponsable y tendiente a lograr la redención histórica para una desgastada dictadura, comprometida en miles de crímenes contra el pueblo, en cuyo nombre decía obrar (TL, Mayo/Junio 1982).

En un tono similar, el Grupo de Exiliados de Barcelona señaló que la intempestiva acción militar que culminó con la ocupación de Malvinas estuvo motivada ante todo por la situación política interna y el progresivo incremento de las luchas obreras en la calle. En esa situación, los militares tenían dos opciones: o balear al pueblo o retirarse sin más y enfrentarse a un Nüremberg. En cambio, optaron por tomar las islas, insuflando de propaganda patriótica todos los medios y pretendiendo hacer de esta aventura el pasaporte a la impunidad (RAA, n.º 65, 1982).

También la postura oficial de la Casa Argentina en Catalunya fue contraria a la decisión de Galtieri. Pocos días después de la toma de las islas del Atlántico Sur, la Casa publicó un comunicado donde calificó los hechos como un acto oportunista con apariencia patriótica que pretendía ocultar los crímenes de la dictadura y el descalabro económico-financiero en el que había sumido al país. Para los argentinos de la Casa era necesario valorar la aventura exterior del gobierno argentino en el marco de la situación interna. La Casa denunciaba las acciones militares de abril como un nuevo golpe pensado como una salida política elegante y honrosa para un régimen que violaba sistemáticamente los DD.HH. Y advertía sobre la necesidad de evitar un nuevo sacrificio de una generación de jóvenes que se sumara a los 30.000 desaparecidos.

En este contexto, la Casa llamó a los partidos políticos, organizaciones sindicales y entidades civiles de Cataluña a pronunciarse a favor de la paz en el Atlántico Sur en la manifestación unitaria del 1.º de Mayo en Barcelona. Las consignas propuestas fueron: *Parar la guerra, ni una gota de sangre más. Las Malvinas son argentinas, los desaparecidos también. Abajo la dictadura, contra el colonialismo inglés y la intromisión yanqui.*

En pleno desarrollo de la guerra, la Casa convocó a una nueva manifestación en la Plaza Catalunya el día 9 de junio. En esta ocasión, los argentinos con la adhesión de los partidos políticos catalanes expresaron su oposición a la guerra, a la dictadura, al colonialismo inglés y al imperialismo yanqui y por la unidad antiimperialista de los pueblos latinoamericanos. Asimismo utilizaron la concentración popular para reiterar el pedido de aparición con vida de los detenidos-desaparecidos y la libertad de los presos políticos y sindicales.

Pero más allá del carácter político de la decisión militar, una parte considerable del destierro consideraba que Argentina tenía justos títulos para reclamar el archipiélago y en no pocas ocasiones avaló la guerra como único camino posible ante la sistemática negativa de Gran Bretaña a discutir la soberanía en los estrados diplomáticos.

Así, la delegación Madrid de la Confederación Socialista Argentina, a través de Andrés López Accotto, señalaba que

“independientemente de la opinión que cada uno tenga sobre el actual gobierno de la República Argentina, de su origen, de su conducta y de sus móviles, hay un hecho muy claro, que no puede ni debe tergiversarse: las islas Malvinas han sido, son y serán argentinas” (*Resumen de Actualidad Argentina*, nº 65, 1982). En un tono similar, la delegación Cataluña de los socialistas argentinos, planteó que era necesario discernir la reivindicación del uso que los militares pretendían hacer de esa reivindicación. A la Argentina le asistían derechos históricos y territoriales para reclamar la soberanía de Malvinas. Por eso, ahora enfrentaba una guerra antiimperialista.

Para el exilio, el autoexamen frente a una situación compleja que parecía poner en crisis su identidad de oposición antidictatorial, corrió paralelo a la urgencia por responder a las impugnaciones a los derechos que asistían a la Argentina a reclamar el archipiélago. Si las declaraciones del delegado de la Confederación Socialista Argentina de Madrid estuvieron motivadas por un editorial del diario *El País* del 4 de Abril de 1982 donde se afirmaba que las Malvinas jamás habían pertenecido a la Argentina, salvo en la etapa en que ésta era parte de los dominios españoles en América, la reacción de los Exiliados Políticos de Holanda o del Partido de los Trabajadores de Suecia no puede explicarse sino en relación al sistema de alianzas y apoyos que el desarrollo del conflicto generó. Desde Amsterdam se repudió la “acción colonialista inglesa y de sus aliados norteamericanos de la Comunidad Económica Europea” al tiempo que se denostaba a la “junta argentina, corrupta y genocida” (*TL*, mayo/junio 1982). Mientras, desde Estocolmo se denunciaba que las pretensiones británicas a seguir controlando las islas eran una forma de colonialismo anacrónico que contaba con el soporte económico y militar de la mayoría de los países de la CEE y de la OTAN (*RAA*, nº 65, 1982).

En este contexto, los exiliados enfrentaron el dilema de evaluar cuál era el comportamiento correcto y/o deseable en términos políticos y nacionales y para un colectivo que se había definido como oposición antidictatorial. En esta encrucijada, muchos se preguntaban si había que suspender el enfrentamiento con la junta hasta que la guerra hubiera llegado a su fin. Al mismo tiempo, les resultaba difícil medir hasta qué punto ese *impasse* en el enfrentamiento antidictatorial podía ser funcional al futuro político de los militares en Argentina y por tanto nefasto para la oposición en el interior o en el destierro.

Si era difícil explicar que la reivindicación de los inalienables derechos soberanos sobre el archipiélago no implicaba automáticamente ubicarse en la vereda militar, tanto más lo era dar cuenta de cómo un gobierno genocida, que había conculcado todas las libertades y derechos elementales, podía ser el hacedor de la reafirmación soberana y el intérprete de la voluntad popular. Éste fue de hecho un tema crítico y de tensas discusiones al interior de las comunidades de exiliados.

Para el ex diputado peronista, Juan Lucero, exiliado en Dinamarca, la alegría por la recuperación de las islas no debía

obliterar que todos los militares argentinos desde 1955 habían actuado como “virreyes” del imperialismo, primero británico y luego norteamericano. En este sentido, aunque saludaba el rumbo que habían tomado los acontecimientos, atribuía su éxito al pueblo argentino que se mostraba dispuesto a derramar su sangre para obtener la total soberanía sobre las islas y no a la iniciativa de Galtieri. Y se apostrofaba: “¿cómo confiar que un gobierno que por un lado da rienda suelta a la entrega del país, cumpliendo como mandato los dictados del imperialismo yanqui, beneficiando lo que interesa a su economía, pueda representarnos en la reconquista de las islas?” (*RAA*, nº 65, 1982).

Desde otros sectores del exilio, ligados a la línea de Intransigencia Peronista, la clave era discernir entre la reivindicación nacional de un país que había sufrido el colonialismo y que debía ser apoyada sin reservas y la circunstancia transitoria de una dictadura militar a la que ninguna manobra podría ya salvar de su inexorable fracaso. Para la *Agrupación Peronista de Barcelona*, no era importante seguir denunciando las acciones del 2 de abril como una estrategia patriota, porque más allá del cálculo político que pudieron haber hecho, los militares estaban cumpliendo por primera vez en muchos años con su rol histórico, esto es, “preservar la soberanía nacional” (*La Vanguardia*, 4/4/82).

En Barcelona, las disputas en el exilio se saldaron con la fractura de la *Casa Argentina* y la confluencia de los sectores opuestos a su posición oficial frente a la guerra, en el Centro Argentino de Cultura Popular y la Agrupación Peronista de Barcelona. Desde allí, Álvaro Abós y Hugo Chumbita —directores de *Testimonio Latinoamericano*— y Abel Posse protagonizaron una polémica en la prensa catalana con otros sectores del exilio, encabezados por Eduardo Goligorsky, Mariano Aguirre, Carlos Barral y varios periodistas españoles y europeos. En esa polémica, se pusieron a debate qué se entendía por defender la soberanía y en qué medida podía pensarse que los militares que recuperaron Malvinas eran sus legítimos hacedores, cuando negaban al pueblo argentino su soberanía política. Asimismo, las discusiones volvieron a temas que en otras comunidades del destierro habían generado ríos de tinta en el pasado. El intercambio periodístico se centró en elucidar qué implicaba defender los DD.HH., ahora, en un contexto donde el drama de la guerra parecía poner en entredicho algunos compromisos y acuerdos amplios asumidos por buena parte del exilio.

Mientras Abel Posse, criticaba a sus compatriotas que seguían empeñados en leer todo acto del gobierno militar en clave de denuncia antidictatorial y señalaba que Malvinas era parte de una guerra antiimperialista que nada tenía que ver con la “defensa humanista” de las víctimas del estado terrorista, Goligorsky reclamaba que no se creyera en la mentira de la junta que ahora se decía defensora de la soberanía nacional y campeona del anticolonialismo.

El escritor Posse explicaba que otra vez como en 1946 muchos liberales y hombres de izquierda argentinos le daban



la espalda al pueblo y se sumaban al enemigo. Si en los años '40 fueron los títeres del embajador Braden y de la oligarquía nacional contra el pueblo peronista, ahora volvían a mostrar su miopía y su divorcio del pueblo al oponerse a la causa malvinense. Como en el pasado reprodujeron la mirada europea que acusaba a Perón y a Evita de nazis, ahora, desde su izquierdismo “bobo, indisciplinado y opinativo” se mostraban incapaces de comprender la mutación política que implicó Malvinas. A su juicio, la tontería de esta izquierda era única en Latinoamérica y en el mundo. Mientras Cuba, China y la U.R.S.S. apoyaban a la Argentina, la “izquierda justina” —“brigada de psicoanalistas”— se encaminaba a convertirse en el “undécimo miembro del Mercado Común Europeo y hasta anda queriendo quedar bien con los ingleses” (*La Vanguardia*, 11/5/82).

Por su parte, Goligorsky lamentaba el desatino de la guerra y el bochornoso espectáculo del pueblo argentino viviendo las decisiones de la junta. Pero su crítica se dirigía a todo el exilio y a su incapacidad de mantener los consensos antidictatoriales. El periodista radicado en Cataluña mostró su decepción por la falta de sinceridad en la adhesión a la causa de los DD.HH.. Lo que la guerra puso de relieve fue que las conversiones democráticas, el rechazo de los maniqueísmos y los esquemas irracionales eran sólo palabras. Desde su punto de vista, el exilio debía hacer una autocrítica para repensar qué lugar le atribuía a “la reforma pacífica y el cambio gradual, compatibles con un sistema de elecciones democráticas con respeto por las minorías y de alternancias en el poder” (*La Vanguardia*, 11/5/82).

La adhesión a la decisión de Galtieri ponía en tela de

juicio que el aprendizaje democrático del exilio y su apuesta por los DD.HH. fueran tan profundos. A su juicio, Malvinas reeditó consignas como *Soberanía o muerte* tan caras a la militancia armada de los '70 y mostró que la apuesta de los expatriados por la vida era débil. Una auténtica convicción humanista debía saber que el respeto por los DD.HH. no sólo debía darse cuando se estaba “en el bando de los perdedores sino, sobre todo, cuando se puede estar en el de los victoriosos. Y aunque el territorio reivindicado descanse sobre un mar de petróleo” (*La Vanguardia*, 11/5/82).

Para ciertos sectores del peronismo en Cataluña, el apoyo a Malvinas tenía aristas que muchos compatriotas y casi todos los europeos eran incapaces de comprender. En principio, no había que perder de vista que Malvinas era la causa del pueblo y por tanto del peronismo. Si ahora, la oligarquía y sus personeros —las FF.AA.— parecían realizar este anhelo popular tan profundo, el peronismo no podía dejarse arrebatar esta bandera que le correspondía por legítimo derecho por ser la voz del pueblo argentino. Pero había algo más, el encolumnarse detrás de la reivindicación malvinense tenía que ver con la evaluación que estos sectores hacían de las consecuencias políticas de la decisión de Galtieri.

Inmediatamente tras conocerse los hechos de abril, los editores de Testimonio Latinoamericano señalaron que aunque los militares conscientes de su derrumbe habían pretendido sustituir el Argentinazo del 30 de marzo por un Malvinazo, las consecuencias de la decisión militar podían arrastrar al propio régimen, aún en la hipótesis de un triunfo en el campo de batalla

Ante una victoria, la revista imaginaba dos posibles escenarios. Un Galtieri que legitimado popularmente se embarcaría en un proceso electoral, pretendiendo convertirse en un pseudo Perón o una más factible retirada del régimen que conseguiría por *el gesto histórico de rescatar las islas, mejorar en parte su historia de crímenes, miseria, opresión y corrupción* (TL, Abril 1982).

Pero, además, Abós y Chumbita consideraban que la exaltación nacionalista no era un sentimiento fácilmente manipulable. A diferencia de los que denunciaban la veleidosidad del pueblo argentino y especialmente de algunos políticos y sindicalistas que actuaban como comparsa pretoriana, recordaban que el hecho de que el pueblo no hubiera dejado que los militares le arrebataran una de sus banderas, no significaba que se hubiera olvidado qué era y qué representaba el régimen.

Tras la derrota, estos exiliados peronistas ratificaron que aunque los militares pretendieron defender una “causa que le era ajena”, su propia condición de régimen reaccionario y antipopular les impidió el éxito. Y que si el pueblo democrático había apoyado la toma fue porque sabía que no había democracia sin plena soberanía y Malvinas era parte de ella. Y que, en cambio, cuando se hizo evidente que las apelaciones a la dignidad nacional y a la soberanía eran palabras vacías en boca de los dictadores, ese mismo pueblo volvió a la plaza de mayo la noche del 14 de Junio, para pedir el alejamiento de Galtieri. Para los editores de TL (Mayo/Junio de 1982), con ello el pueblo no mostraba su inconstancia. En todo caso, como afirmaba Pino Solanas desde París, los argentinos no habían firmado ningún cheque en blanco a los militares. Ahora había que recuperar la lucha por la democracia, pero sin olvidar que para los pueblos del Tercer Mundo, más allá de la distinción entre dictadura y democracia, existía la liberación del imperialismo y el colonialismo.

Osvaldo Bayer desde Alemania hacía un análisis más complejo del mapa político y de los posibles futuros realineamientos tras el final del conflicto. Por una parte, señalaba la trascendencia que tenía de cara al final de la dictadura que el pueblo hubiera ganado masivamente las calles. Asimismo, puntualizaba que aquella masa encendida por la arenga patriótica que la prensa europea no se cansaba de resaltar, también había protagonizado gestos como los de abuchear y silbar no sólo al ministro de Reagan, Alexander Haig, sino incluso al propio dictador. Pero, por otra parte, Bayer advertía sobre el comportamiento de ciertos políticos que se habían montado en el operativo Malvinas por miedo a quedarse fuera de un posible reparto de poder, en una salida negociada de los militares que les garantizara la impunidad (RAA, nº 65, 1982).

Mientras la *Agrupación Eva Perón de Madrid* auguraba poco después del 2 de abril un nuevo camino político porque la dictadura había quedado aprisionada en un juego de fuerzas que inconscientemente había desatado y siempre que la oposición supiera no negociar la soberanía que implicaba no sólo exigirla en las Malvinas, sino en la vuelta al es-

tado de derecho; tras la derrota militar, Eduardo Goli-gorsky reclamó a quienes apoyaron la guerra “para no perder el tren de la movilización popular”, una autocrítica profunda. Asimismo les pidió un acto de contrición por los nuevos muertos, desaparecidos y mutilados que habían ayudado a producir (TL, Julio/Agosto 1982).

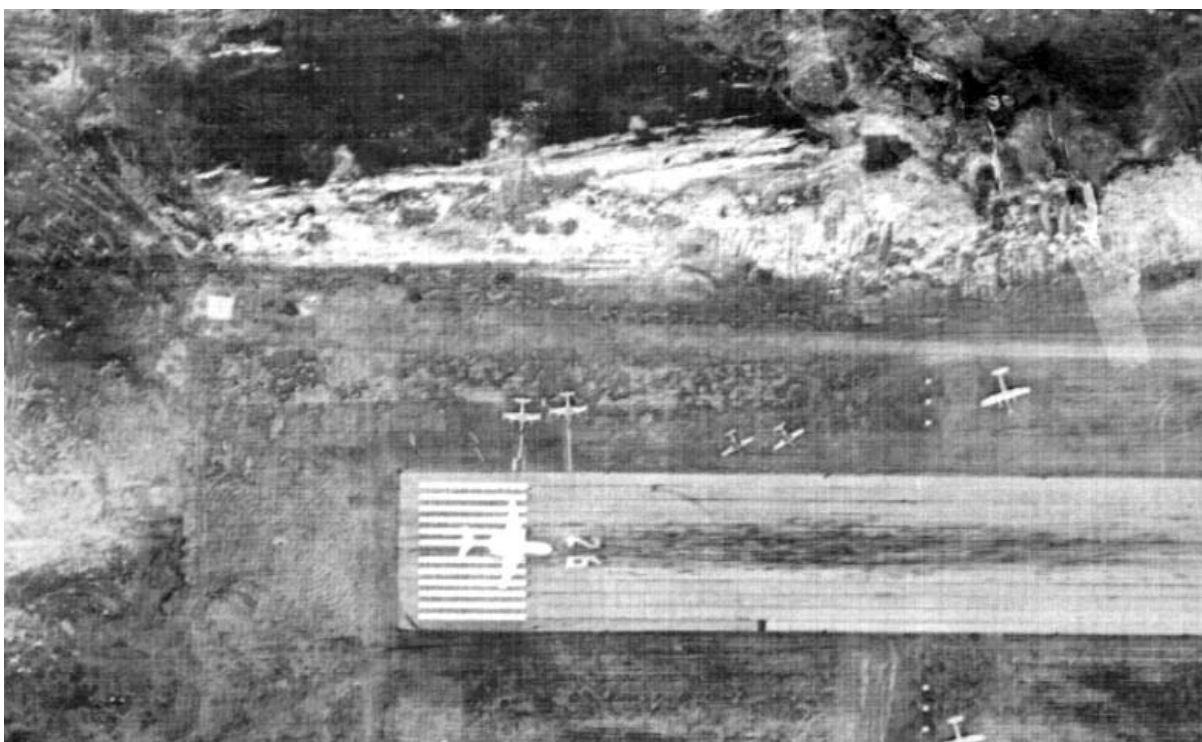
El enigma Malvinas

Para buena parte de las sociedades de acogida y más precisamente para las europeas, el comportamiento de los exiliados frente al conflicto bélico de Malvinas era surrealista. El filósofo Fernando Savater afirmaba pocos días después del desembarco, que la situación argentina era un “enigma en estado puro”. Desde su perspectiva, era incomprensible que buena parte de esos ciudadanos a los que se les negaba el derecho a serlo, se les escamoteaba la libertad y se los amenazaba de muerte si pretendían defender una alternativa democrática al despotismo reinante, se hubieran lanzado alegremente a la calle a vitorear el patriótico desplante de su verdugo. Lo que dejaba boquiabierto a la sociedad española era que pudieran ponerse entre paréntesis las diferencias políticas, priorizándose un pretendido “honor patrio”. ¿Qué clase de “honor” o “dignidad nacional” podían defender o representar aquellos que vulneraban la justicia social, las libertades públicas o la gestión igualitaria de la comunidad por parte de los ciudadanos?

Para Savater, como para muchos otros que por años habían prestado solidaridad a la lucha antidictatorial del exilio, la adhesión popular (en el interior y en el destierro) sólo podía explicarse por la eficacia de la estrategia manipuladora de los militares que habían logrado movilizar a quienes habían sido sus víctimas en *un mismo espasmo de amor ante unos mendrugos de granito roídos por el Atlántico* (El País, 18/4/82).

En una línea similar, un periodista francés llamaba a no olvidar que en Argentina reinaba una junta militar. En ese sentido, convocaba a los demócratas a *salvar a los habitantes de las Falklands de la esclavitud* a la que seguramente serían reducidos si los militares argentinos triunfaban (TL, Mayo/Junio 1982).

Mientras Bayer reconocía que Galtieri había protagonizado una trágica fantochada operística, pero que los medios europeos —aun los más independientes— estaban dando un lamentable espectáculo de profesionalidad, las voces de otros exiliados se hicieron oír para denunciar la *ensalada eurocéntrica* que dominaba en el mundo político, periodístico e intelectual europeo. Ensalada a la que contribuían no pocos argentinos *supuestamente progresistas* y prototipo del *colonizado cultural*. Así, por ejemplo, Abós y Chumbita descalificaron a los que hablaban del sinsentido Malvinas (TL, Mayo/Junio 1982). Asimismo, cargaron contra parte de la izquierda española que no había podido superar sus propios traumas y quedó atrapada entre sus bases populares y los sindicatos clasistas que apoyaron la guerra por su carácter



anticolonial y la derecha golpista peninsular que se alineó con Argentina pensando en el irredento territorio de Gibraltar.

Si la toma del archipiélago había producido un cataclismo en instituciones, consensos, prácticas de denuncia e identidades en las diferentes comunidades del exilio argentino, en cada sociedad de acogida con diferentes énfasis, la opinión pública también se fragmentó, pero más aún quedó sumida en la confusión. La mayoría de los sectores solidarios denunciaron Malvinas como la hazaña propagandística particular del general Galtieri como el Campeonato Mundial de Fútbol de 1978 lo había sido para Videla. Pero aun así, mientras las voces dominantes clamaban por no olvidar que el gobierno que recuperó las islas era el mismo que produjo miles de desaparecidos y repelió las manifestaciones populares con cárcel y tortura (TL, Mayo/junio 1982), las asombradas lecturas europeas no fueron triviales.

Más allá de que algunos exiliados denunciaran que nuevamente los europeos preferían descalificar antes que desentrañar y cómodamente ponían a la Argentina en la condición de enigma, lo cierto es que también en las sociedades de acogida se ponderó la justicia del reclamo territorial argentino al tiempo que se señaló la arrogancia de la junta militar; se criticó la actitud británica de posponer indefinidamente la discusión de los procesos de descolonización, pero se rechazó la guerra. Y, finalmente, aunque expresaron su alarma frente a la efectividad de la manipulación patriótica, también valoraron desde el inicio del conflicto que el pueblo argentino había ganado la calle, se estaba expresando desde sus identidades partidarias y contribuía a profundizar un final de la

dictadura anunciado ya antes del 2 de abril.

Silvina Jensen es doctora en Historia por la Universidad Autónoma de Barcelona, investigadora del CONICET y profesora del Departamento de Humanidades de la Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca. Es autora de *La huída del horror no fue olvidado. El exilio político argentino en Cataluña (1976-1983)* y compiladora junto a Pablo Yankelevich de *Exilios. Destinos y experiencias bajo la dictadura militar* de próxima aparición.

1.En adelante RAA

2.Todos somos subversivos. Buenos Aires, Brujuela, 1983, p. 15.

3.En adelante TL

4.Para un estudio pormenorizado, puede verse *¿Por qué Malvinas?: de la causa nacional a la guerra absurda*, de Rosana Guber, Buenos Aires, FCE, 2001.

5.Como afirma Federico Lorenz en *La guerra por Malvinas* (Buenos Aires, Edhasa, 2006, p. 45) si algo distingue la mirada desde el exilio fue no sólo la posibilidad de separar la guerra de la dictadura, sino la posibilidad de pensar ambas cosas a la vez.

6.*México: El exilio que hemos vivido. Memoria del exilio argentino en México durante la dictadura 1976-1983*. Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmas, 2003, pp. 142, 143.

7.En México, tras la visita de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la OEA a la Argentina, se desarrolló una polémica con conatos en otras geografías del destierro en la que se discutió quiénes fueron los derrotados del '76, quiénes las víctimas de la dictadura y qué significaba defender los DD.HH.